

nos, como entre otras cosas el color y corte del sayal, la disciplina en las comidas, los pormenores que se han de observar al cantar los maitines y en los ayunos, todas cosas que dieron mucho en qué pensar al ya citado reformador Proles. En semejante atmósfera monacal habían de asfixiarse espíritus como el de Lutero ó huir de ella en busca de aire y luz.

Ideas y deseos reformadores menos mezquinos, pero siempre modestos, animaban á muchos eclesiásticos y laicos, que deseaban verlos realizados por concilios como los de Constanza y Basilea. La necesidad urgente de una reforma radical de la Iglesia era una convicción general, pero también lo era la imposibilidad de verla realizada jamás. No faltaron tampoco voces que en tono irritado decían que la supremacía del Papa sobre los concilios era la peor y la más peligrosa de todas las herejías, la muerte de todas las esperanzas de la cristiandad, á la cual, suprimido el poder reformador de los concilios, ya no quedaba más recurso que la rebelión. Los que tales quejas exhalaban eran, no obstante, gente que habrían sido los primeros en condenar todo conato de rebeldía. Criticaron los abusos con toda la dureza posible, pero al mismo tiempo tuvieron gran cuidado de hacer gala de su sumisión incondicional á la Iglesia. Estos críticos, los Geiler de Kaisersberg y los Wimpheling, eran incapaces de prestar su cooperación á una reforma faciosa ni de examinar mucho menos con criterio independiente las doctrinas de la Iglesia, sin lo cual todas las tentativas para alterar su sólida trabazón no podían producir resultado alguno notable. Tan sumisos eran los alemanes, que la modesta independencia de la Iglesia galicana les parecía un ideal que ellos jamás podrían alcanzar. Desde el concordato de Viena habíanse hecho varias tentativas tímidas por el imperio alemán á fin de obtener la sanción papal para la supresión de abusos en la Iglesia de Alemania, llegando hasta á amenazar á la curia con el abandono y deserción de los príncipes alemanes, «que habían despertado de su letargo» y serían capaces de sacudir el yugo de Roma y restituir al pueblo alemán su antigua libertad. En Roma, donde se conocía á los alemanes, á sus príncipes, sus discordias interiores y su oposición á toda autoridad imperial, así como a la manera de contentarlos, se reñan de semejantes amenazas pueriles; y no pensaba la curia en dejarse arrebatar un palmo del terreno que había ganado. Los papas para asegurar su elección juraron convocar un concilio, reformar la disciplina de la Iglesia y muchas otras cosas; pero no dió resultado alguno la acción del obispo de Carniola, Andrés, que en el año 1482 hizo pegar á las puertas de las iglesias de Basilea carteles convocando un concilio general. Su llamamiento no encontró eco y él murió en el calabozo. El partido reformador entre los príncipes, acaudillado por el elector de Maguncia, Bertoldo, no tuvo más objeto al presentar sus quejas en nombre de la Alemania que hacer entrar en las arcas vacías del imperio una parte de las sumas que anualmente pasaban del país á Roma. Bertoldo no omitió ocasión alguna de hacer sentir á su clero su dignidad y autoridad episcopales, no obstante la entereza con que exponía á los cardenales y al Papa el peligro que corría la Iglesia si no se reformaban los abusos. Uno de los peligros que señaló en 1486 era la imprenta, y propuso la creación de una censura previa; con esto queda calificada la extensión de sus ideas de reforma. En el año 1500 envió el parlamento una embajada á Roma con quejas en materia eclesiástica, pero el astuto legado del Papa, Raimundo Perandi, arregló el asunto prometiendo compartir con el tesoro del imperio el producto que dieran las indulgencias que con motivo del nuevo jubileo se vendían en Alemania. Esta manera de crear recursos al imperio por medio de una explotación eclesiástica extranjera, redundó solo en beneficio del rey de Ro-

manos (el emperador de Alemania), porque el gobierno creado por el parlamento fué de cortísima duración.

Maximiliano se sirvió de las cuestiones eclesiásticas, como de todo, solo para los proyectos de su inconstante y variable política, que abandonaba y derribaba hoy lo que había levantado ayer. Tan pronto procedía en calidad de rey de Alemania como hacía alarde de ser fiel aliado del Papa; dejó que se le celebrase en Alemania como encargado por el destino de reformar el gobierno de la Iglesia romana y del clero, y se alió estrechamente con el belicoso papa Julio II, que con sus empresas guerreras produjo la exasperación de todos los amigos verdaderos de la Iglesia. Pero cuando este Papa se alió súbitamente en 1510 con los venecianos, enemigos suyos y de Maximiliano, fué grande la ira de éste, y hasta concibió el proyecto de asociarse con Francia para reformar unidos y con las armas el pontificado, «por las grandes maldades y engaños que él y sus predecesores habían cometido y que él seguía cometiendo diariamente.» Por lo pronto excitó Maximiliano á los turcos para que se apoderaran de la Dalmacia, perteneciente entonces á la república de Venecia, y mientras los franceses clamaban por un concilio general, se propuso castigar al Papa quitándole las annatas del clero alemán y reclamando el nombramiento de un legado especial para la Alemania. En el parlamento de Worms del año 1495 se llegó á hablar de nombrar un patriarca jefe de la Iglesia alemana independiente de Roma; mas hasta este extremo no quiso llegar Maximiliano, y Wimpheling, su asesor en materia eclesiástica, le aconsejó que renunciara á toda hostilidad contra la curia, la cual con la cooperación de los prelados y frailes mendicantes alemanes podía causarle una guerra peligrosísima y hasta hacerle destituir y elegir en su lugar á otro emperador por los príncipes electores. Cuando Maximiliano recibió la contestación de Wimpheling estaba ya en tratos con el Papa, para volver después á reñir con él, y habiendo enviado concibió entonces aquel descabellado proyecto de ceñirse la tiara. Luego se adhirió á medias al concilio anti-papal reunido por obra de Francia en Pisa; después se pasó con armas y bagajes al Papa y al concilio de Letran, en el cual los enviados del emperador, al presentar sus homenajes al Papa, le trataron nada menos que de Dios en este mundo terrenal. Este concilio renovó la bula de Bonifacio VIII *Unam sanctam*, y anuló la pragmática ó concordato del año 1438; de modo que todas las luchas á favor de una reforma de la Iglesia en Alemania acabaron con señaladísimo triunfo del papado, siempre incorregible, y los parlamentos de Alemania continuaron, como antes, tratando de las eternas quejas de abusos de la curia romana.

Menos ruidosos y de mayor trascendencia fueron los cambios que en un gran número de Estados alemanes se introdujeron en las relaciones entre el poder civil, territorial y la Iglesia, porque las aspiraciones autocráticas de los soberanos alemanes, que pretendían para sí la más completa libertad, se avenían muy mal con la libertad ilimitada de la Iglesia. Ya en el siglo XIV había dicho el duque de Austria Rodolfo IV, como verdadero príncipe absolutista: «En mis dominios quiero ser Papa, arzobispo, obispo, arcediano y dean.» En el curso del siglo XV lograron los soberanos alemanes privilegios papales que á muchos de ellos concedían una gran autoridad sobre la Iglesia de su territorio. Así un soberano tan buen católico como el príncipe Jorge de Sajonia pudo decir que él en sus dominios era Papa, emperador y gran maestro de la orden teutónica, y pudo decirse también que la Iglesia, á pesar de la aparente omnipotencia papal, entró en el siglo XVI en realidad conmovida hasta en sus cimientos. El príncipe elector de Brandeburgo disponía libremente de tres obispados de sus dominios, y tanto él como los soberanos de

Austria y de Sajonia ejercían con autorización pontificia el derecho de visita en los conventos de sus territorios.

Las ordenanzas del año 1446 de Guillermo III de Sajonia representan una verdadera legislación eclesiástica, en la cual el soberano se reserva introducir las reformas que le plazcan en los conventos y velar sobre la conducta del clero. Estas ordenanzas ponen fuera de la ley á los que apelen á tribunales extranjeros, es decir al Papa, y amenaza con la suspensión temporal á los eclesiásticos que admitiesen cartas en las cuales se trataran asuntos no eclesiásticos. El duque Federico de Sajonia mandó prender en 1458 al nuncio Marino de Fregeno, por haber faltado á un convenio hecho entre él y el duque.

El clero comprendió luego que los doctores en derecho romano eran los que más contribuyeron á la organización y extensión del poder monárquico, y muchas son las quejas que encontramos en los escritos de los eclesiásticos de aquel tiempo (y mayores las de los curas protestantes en el siglo XVI) contra la rudeza é impiedad de los consejeros de los soberanos alemanes; de modo que la organización de la Iglesia protestante en los diferentes Estados alemanes no fué más que el desenvolvimiento de estas circunstancias existentes mucho antes y que habían sido provocadas en parte por los mismos papas con su empeño de impedir la reunión de concilios; con la particularidad de que el fruto de todo este movimiento no fué recogido sino por los monarcas, tanto católicos como protestantes.

La ingerencia de los soberanos en la provisión de los cargos eclesiásticos y en la organización de la Iglesia, no siempre fué ejercida conforme exigía el principio reformador del clero, pero era el único medio de frenar su desmoralización, como lo demostró la experiencia en muchísimos conventos que si reformaron sus costumbres fué solamente bajo la presión constante del poder civil. El marqués de Brandeburgo, Alberto Aquiles, redujo por la fuerza á la obediencia al clero de sus dominios en Franconia, que no quería pagar las contribuciones. En Kulmbach, no queriendo los clérigos dar sepultura á los muertos para cumplir el entredicho, el jefe de la fuerza armada hizo depositar los cadáveres ante la puerta de la casa del cura párroco.

El poder civil se dejó sentir, no solamente en el terreno de la Iglesia, sino en todas partes de Alemania y en todos los terrenos. Todo lo fué absorbiendo á imitación de la Iglesia, que había dado el primer ejemplo y el más imponente de la centralización en un país donde, según Eneas Silvio, el servilismo abyecto había llegado á tanto, que las gentes decían: «Tenemos siempre la misma religión que nuestros soberanos; adoráramos á los ídolos si ellos los adorasen, y si ellos lo pidiesen, no solamente renegaríamos del Papa, sino de Cristo mismo.»

En el siglo XV, sin embargo, estaba todavía más viva la fe religiosa del pueblo alemán y hasta solía manifestarse de una manera casi temible.

## CAPÍTULO V

### LA RELIGION DEL PUEBLO ALEMÁN

Los escritores italianos de la época del Renacimiento manifiestan con frecuencia gran sorpresa al notar la fe religiosa de los alemanes, y éstos hacían gala de ella en sus escritos. La Iglesia los dominaba, en efecto, á pesar de las quejas que les arrancaban sus escandalosos abusos. Sin embargo, esta sumisión y esta fe religiosa tenían algo de enfermizas; mientras hubo almas fanáticas que exageraban sus impulsos religiosos hasta acabar en monstruosidades, otras, como asfixia-

das, anhelaban encontrar la salvación, que entreveían sin poderla alcanzar. Todas sentían instintivamente la proximidad de una tempestad, de un trastorno religioso y social, de que había dado ejemplo la revolución husita en Bohemia. En efecto, las riquezas excesivas de los templos y del clero estaban abocadas ya al cataclismo en que debían desaparecer. El fausto y la ostentación del culto y de sus servidores habían llegado á su colmo, porque ni antes ni después ha producido la Alemania templos tan magníficos y en tan gran número como entonces, y no parecía sino que todos los alemanes se habían convertido en picapedreros, escultores y pintores. En Dantzig se construyeron de nueva planta ó se acabaron en el curso del siglo XV nada menos que ocho iglesias, y en la pequeña ciudad de Stuttgart existen tres iglesias de fines del mismo siglo. Verdad es que las catedrales más imponentes habían sido empezadas ya en época anterior, y la arquitectura gótica había pasado ya su período de apogeo y ocultaba su decadencia con una fecundidad asombrosa de adornos variados y caprichosos, reflejando con esto fielmente el estado de la Iglesia, que entonces ocultaba el germen de la muerte que llevaba en su seno con una gran fastuosidad exterior. Es, sin embargo, indudable que existía una fe religiosa avasalladora, como lo demuestran los monumentos que produjo hasta en lugares insignificantes y que costaron sumas inmensas, á las cuales contribuyeron ricos y pobres con donativos en dinero y en especie, haciendo ofrenda de sus mejores alhajas, ganado, armas, prendas de vestir, trigo y otros productos, y de fincas, casi siempre para asegurar los donadores la salvación de sus almas en el otro mundo y poder vivir en compañía de Dios y de sus santos, á los cuales todos anhelaban mostrar su cariño. Mucho contribuyó también el patriotismo local, que excitó á su vez la emulación y rivalidad entre los donantes, y algo la corriente artística, de cuya existencia nos hablan los mismos monumentos diseminados por toda la Alemania; porque las iglesias de la Edad media eran como los templos de los antiguos á la vez museos del arte y depósitos de tesoros. Los fieles se veían en las iglesias rodeados de los recuerdos más gloriosos y de obras maestras del arte. Allí se confundían las aspiraciones espirituales con las terrenales. Observadores severos como Geiler de Kaisersberg criticaban tanta afición á las obras de arte, porque excitaban los sentidos y apartaban el alma de la meditación religiosa. Los bellísimos colores con que los rayos solares al pasar por las grandes ventanas de vidrios pintados esmaltaban el suelo, las columnas y elevadas bóvedas del templo, los vasos sagrados y otras alhajas de oro y plata que se ostentaban en los altares, las esculturas doradas, todo esto no podía menos de cautivar la imaginación; ¡y pensar que todo este entusiasmo religioso había de trocarse en odio y abominación idólatra! Tanta riqueza, tanto oro, tantas preciosidades amontonadas, á menudo sin gusto, en las iglesias, debían dar que pensar tarde ó temprano á los hombres reflexivos. La basílica de Berna guardaba la cabeza de San Vicente dentro de un marco de oro que pesaba más de 16 libras y estaba adornado, además, con una piedra preciosa de un valor inestimable. La misma iglesia tenía 70 cálices de oro, 50 de plata, tres ataúdes de oro y varios de plata, 450 vestiduras sagradas riquísimas y adornadas de piedras preciosas. En el año 1462 el abad de Tegernsee adquirió para su iglesia dos brazos de plata, cuatro custodias, varias imágenes preciosas de santos, un pectoral de oro con piedras preciosas engastadas, una gran mitra, una cadena, una cruz, 18 cálices y muchos relicarios. La catedral de Passau tenía 20 brazos de plata, que se usaban entonces mucho para relicarios; es decir, que el lujo era excesivo y hasta bárbaro, tanto en las iglesias y en la religión en general como en la sociedad en aquella época.



En las grandes funciones religiosas de aparato, en las procesiones y en las representaciones que se celebraban con varios motivos, ya en el interior de los templos, ya fuera, fué donde la Iglesia desplegó mayor lujo y arte para cautivar la imaginación de los fieles. Hay que leer la relación hecha por un clérigo de Erfurt acerca de una gran procesión que se celebró en el verano del año 1483 en aquella ciudad para impetrar la lluvia. Tomaron parte en la procesión, á la cual asistió también el autor de la relación, millares de fieles; á las cinco de la mañana salió de la iglesia y no volvió á entrar en ella hasta mediodía. Abrieron la marcha 948 niños de las escuelas; seguían á ellos 312 clérigos seculares, después iba todo el personal de la universidad, 2,141 individuos; tras éstos, los frailes de cinco conventos, después la custodia precedida de un gran número de blandones gigantescos y de faroles, y detrás el consejo municipal y todos los varones de la población. En pos de los hombres iban las mujeres, primero 2,316 doncellas con la cabellera suelta y una corona de flores en la cabeza, llevando cada una un cirio encendido en la mano, todas con la vista fija en el suelo. Delante de ellas iban dos, escogidas entre las más hermosas, vestidas de negro y descalzas; seguíanlas otras cuatro con faroles encendidos y tras éstas otra con un gran crucifijo, y á su lado el presidente del consejo municipal, «hombre hermoso y modesto.» En esta y otras relaciones de aquella época palpita al lado del sentimiento religioso el artístico y la afición á lo grandioso, imponente y bello. Hasta un enemigo tan declarado del pontificado como Juan Kessler de San Gall, en sus recuerdos del tiempo de la idolatría, no puede ocultar su satisfacción al describir la procesión del Corpus con sus blandones y cirios adornados de flores y dibujos de oro, los niños de las escuelas vestidos de blanco, las coronas de flores que todos los asistentes á la procesión, jóvenes y viejos, llevaban en la cabeza, las calles por donde pasaba la procesión, transformadas en bosque con ramajes verdes y resonando la música alegre y festiva de los violines, laudes, arpas, címbalos y órganos portátiles.

Más grande y más poderoso debió de ser el efecto de los autos que se representaban en la misma iglesia ó en la plaza delante de la puerta principal, y en los cuales el pueblo veía palpablemente la pasión y otras historias sagradas, oía hablar á los personajes, sin exceptuar el mismo Anticristo, que al final, por supuesto, perecía miserablemente. Eran estos autos verdaderas funciones teatrales que se ejecutaban en las grandes fiestas anuales de las iglesias y duraban á veces varios días ocupando á centenares de personas. Hánse comparado estas representaciones escénicas con las tragedias de los antiguos griegos, y no solamente existe esta analogía, sino que todo el culto de aquella época hace recordar con su riqueza de formas y de colores más al antiguo paganismo que á su adversario, el fundador del cristianismo. Por lo demás, la ejecución de las escenas grandiosas y severas era interrumpida á veces, para halagar todos los gustos, con chistes y figuras cómicas populares, tanto que la representación solía degenerar entonces en sainete carnavalesco con las aventuras y bromas de los diablos, que figuraban á menudo en las piezas más serias y servían hasta para la crítica maliciosa local. Estos autos fueron el origen del teatro moderno. La misma Iglesia consentía en ridiculizarse en cierta manera, haciendo del demonio y del infierno objetos de risa y de diversión, y hasta criticando en las tablas sus propios flacos, lo cual prueba que se creía en perfecta posesión de las almas y que la fe religiosa debía de estar arraigada profundamente en todas las clases. Sin embargo, también tenemos pruebas de que preveía el gran peligro que el prolongado abuso de la mezcla de lo sublime con lo ridículo encerraba. Así sabemos que el obispo Wede-

go de Havelberg prohibió en el año 1471 la representación de autos en las iglesias porque excitaban más á la risa y á la lascivia que á la mortificación. Estos esfuerzos fueron impotentes para acabar con las infinitas profanaciones de los templos y del culto, porque radicaban en gran parte en usos antiquísimos paganos que era imposible arrancar de una vez de la mente del pueblo, por sólido que fuese su cristianismo, injerto sobre aquellas concepciones y aquellos usos primitivos.

El carnaval con sus bromas callejeras, pesadas y groseras; las parodias de los actos sagrados con sus fórmulas; las ceremonias diferentes y singulares usadas en la bendición de las palmas, de cirios y de otros objetos; la aspersión de personas y cosas con agua bendita en ciertos actos del culto; las «risotadas de Pascua,» que según antigua costumbre provocaba el predicador con los chistes que mezclaba en el sermón, todo esto degradaba el templo, convirtiéndole en sitio de diversión y reduciendo el culto á una fiesta popular grosera. El número siempre creciente de días de fiesta llegó á ser un abuso de que se quejó entre otros en Roma el parlamento alemán, porque fomentaba, no la religiosidad, sino los vicios, y como dice el ya citado Kessler de San Gall, obligaba al pueblo á dedicarse á la holganza por amor de Dios, porque entonces no existía ni remotamente la costumbre de santificar las fiestas á la manera puritana. El año entero amenazaba ser una serie no interrumpida de fiestas, y toda la vida del individuo un mundo simbólico que tenía aprisionados los ánimos en su espeso ambiente. Con el lujo de las iglesias se aumentaron su número y el de las donaciones, de las fundaciones piadosas y del clero. A otra esfera no podía elevarse la Iglesia ni podía dar más de sí, y así llegó al máximo de los resultados en aquellos conceptos que ilustraremos con algunos ejemplos: Colonia, la ciudad santa, contaba 11 colegiadas, 19 iglesias parroquiales, más de 100 capillas, 22 conventos, 12 hospitales, 76 congregaciones religiosas, y asegurábase que en toda la ciudad se decían diariamente más de 1,000 misas. En Brunswick había 15 iglesias, siendo la principal la colegiada de San Blas con 26 altares y más de 60 clérigos; 20 capillas, 5 conventos, 6 hospitales y más de 12 casas de beguinas. Memmingen, que tenía entonces 2 iglesias parroquiales, 3 capillas y 4 conventos, contaba en la época de la reforma 123 eclesiásticos, de los cuales correspondían un predicador, 3 asistentes y 26 capellanes á la iglesia mayor, la de San Martín, en cuyos 26 altares se celebraban misas diarias. Los mínimos poseían en su provincia de Austria más de 30 conventos y 80 en la de Sajonia; los agustinos, menos poderosos, tenían en toda la Alemania más de 80 conventos; los hermanos de ambos sexos de la orden tercera de San Francisco contaban un sinnúmero de congregaciones y las beguinas tenían solamente en Colonia 106 casas suyas, en Estrasburgo 60, en Basilea más de 30. Grandioso fué el desarrollo de las fundaciones benéficas á favor de los pobres y enfermos, y no obstante los defectos del sistema, hace honor á los sentimientos cristianos y caritativos de los alemanes en los siglos XIII y XIV. Ciudad había como Stendal (1) que tenía 7 hospitales. Muchas eran las fundaciones que tenían por objeto mejorar la alimentación de los enfermos. En todos estos establecimientos benéficos prevalecía un espíritu eclesiástico exagerado; los que cuidaban á los enfermos y pobres, hermanos y hermanas, estaban sometidos á una disciplina monástica; el hospital de Santa María de Brunswick asalariaba en el siglo XV para el servicio religioso interior un cura párroco y 6 vicarios; los estatutos de un hospital de Lubeck exigían que cada enfermo rezase cada día 300 pa-

(1) Que hoy cuenta poco más de 13,000 habitantes.

drenuestros, «mientras pudiese mover la lengua y los labios.» La corrupción general de costumbres se introdujo también en las hermandades dedicadas al cuidado de los enfermos, especialmente en las de las beguinas, que gozaban de más libertad y tenían peor fama que las otras, siendo llamadas por el pueblo «camareras de los frailes descalzos.»

La manera de comprender y realizar la caridad cristiana en la Edad media, nos descubre el principio religioso fundamental de la Iglesia que la reforma atacó en primera línea y que trató de sustituir por un principio nuevo.

El defecto menor del antiguo sistema de beneficencia fué que al fin la administración de los muchísimos donativos piadosos, á despecho de todas las estipulaciones, iba á parar á manos de una congregación ó de un individuo. Otro defecto radical era, como en nuestro siglo se ha comprendido, que esta caridad, por grande que fuese, en lugar de aliviar y disminuir la pobreza y la miseria, no hacía más que acrecentarlas y los establecimientos tenían que declararse en quiebra por no poder satisfacer todas sus obligaciones. Además de la desigualdad del trato, que variaba según el capricho de los fundadores, la caridad así ejercida fomentaba la mendicidad, lo cual condensa Geiler de Kaisersberg en estas pocas palabras: «No faltan limosnas, pero falta su distribución justa y bien ordenada.» Verdad es que ni los municipios ni el Estado estaban gravados con obligaciones y cargas de beneficencia, pero esta ventaja no indemnizaba de los perjuicios que nacían de todo el sistema. Había hospitales y hospicios en que los enfermos y acogidos recibían en virtud de ciertas fundaciones y en días determinados comida extraordinaria, compuesta de asado, pescado y fruta rica, mientras en otros era preciso que mendigasen su alimento. La mendicidad adquirió proporciones hasta siniestras, y daban el ejemplo las órdenes religiosas más respetables, que se mantenían y socorrían á los pobres con el fruto de la mendicidad. Detrás de los terminarios, apodados entonces por el pueblo «cazadores de quesos,» que metían en sus anchurosas alforjas cuanto podían recoger, manzanas, peras, jengibre y toda clase de especias, lo mismo que ropas nuevas, pescado, gallinas, coles, huevos, mantequilla, leche, miel y sobre todo quesos de toda clase y tamaño, tierno ó duro, venía toda una turba de mendigos vagabundos, haraganes y embusteros, con pretensiones fundadas ó falsas de pertenecer de cerca ó de lejos á la clase eclesiástica; los unos se fingían cuestores, ya para la construcción de una iglesia, ya para la adquisición de un paño de altar, de una capa pluvial, ó para sufragar los gastos de una primera misa de un sacerdote pobre. Otros recorrían el país con reliquias de procedencia más que sospechosa, como heno del pesebre de Belén ó una pluma de un ala del arcángel San Miguel, como dice con sorna Sebastian Brant. Mucho escándalo dieron los miembros de una orden originariamente hospitalaria, cuyo patron, San Anton, tenía fama de curar la terrible enfermedad epidémica hasta el siglo XIV llamada «fuego de San Anton.» En honor de este santo se cebaban en muchos lugares cerdos que tenían el privilegio de recrearse adornados de una campanita y de una cruz por las calles. Formaban la transición de los mendicantes eclesiásticos á los mendigos comunes los begardos y lardos, clase pretendida ó verdadera de la orden tercera y de otras congregaciones análogas, que explotaban particularmente la credulidad y los sentimientos caritativos de las mujeres, y eran por esto y por su tenacidad temidos. Los mendigos comunes, lisados y vagabundos solían darse también un aire religioso, aunque no fuese sino el de peregrinos y penitentes, se adornaban con estampas, conchas y figuras de santos, y referían largas historias de milagros, de votos y peregrinaciones estupendas, como el cuento de una mujer

que, en el año 1509, apareció en Pforzheim diciendo que había dado á luz un sapo, que había llevado vivo á la Virgen de Einsiedeln, donde se enseñaba como un gran milagro, pero que se comía cada día una libra de carne. Esta mujer iba provista como otros mendigos de una credencial que la autorizaba á pedir limosna por un santo ó una Virgen. Esta credencial había sido leída ya en el púlpito para excitar la caridad de los fieles, cuando se supo que la mujer tenía un compañero, robusto mozo, que la aguardaba fuera de la población en el arrabal; pero la pareja previó el peligro y desapareció. El libro de los vagabundos (*liber vagatorum*) y otros documentos dan muchos pormenores de los engaños que hacían y de la jerga que hablaban estos enemigos de la sociedad á principios del siglo XVI. Eberlin de Gunzburg pretende que de 15 personas solo una trabajaba, y que las 14 restantes eran vagos y mendigos. Estos eran los frutos de la mendicidad y de la religiosidad de aquella época.

En todas las manifestaciones de la devoción y del amor al prójimo había el móvil interesado, confesado casi siempre con la mayor ingenuidad, de salvar la propia alma ó la de otros. Por eso se utilizaba á los enfermos, hospicianos y otros acogidos para aumentar el tesoro de indulgencias á favor de tal ó cual ánima, haciéndoles rezar tantos ó cuantos padrenuestros, avemarías y credos ú oír tantas ó cuantas misas. Un «libro de la pobreza» enaltece á los pobres que dan ocasión á las almas caritativas para adquirir por medio de ellos tesoros en el otro mundo, y en una carta de donación á favor de una enfermería ú hospital en Klein-Gronan, cerca de Lubeck, el donante dispone, en caso de no existir allí leprosos, «lo que Dios no permita,» pase la donación al hospital de Lubeck. Los ricos para salvarse necesitaban pobres y enfermos á quienes socorrer á fin de que orasen por ellos; por esto dijo Gregorio el Grande: «No debe despreciarse á los pobres por su pobreza, sino que se les debe venerar como patronos (protectores).» Este modo de ver nos explica también por qué se trataba entonces con inconcebible crueldad á los infelices dementes, que no pocas veces eran azotados sin misericordia, sometidos al tormento y hasta ejecutados en el patíbulo. En el mejor caso se les tenía presos, por supuesto en horribles calabozos, porque de ellos no había que esperar oraciones ni otros actos que ganasen indulgencias.

Llamábanse «casas de las ánimas» y «baños de las ánimas» las casas donde respectivamente se daba habitación ó se dejaba bañar á los pobres, como se llamaba «misa de ánimas» la que se decía á favor de una ó de muchas ánimas, la del fundador, las de su familia, y á veces á favor de las ánimas olvidadas ó de todas las ánimas pobres. En muchos puntos no se daba limosna á los pobres sino á condición de asistir á las misas de ánimas, ó se les ponía la limosna encima del sepulcro del fundador, donde tenían obligación de orar por el bien de su alma, y en muchos hospitales y hospicios los acogidos debían rezar con el mismo objeto cierto número de padrenuestros y avemarías, y si no los sabían rezar no eran admitidos á veces, como sucedía en el hospital de San Antonio en Augsburgo. Así se entendía la religión en aquella época en Alemania; se daban bienes terrenales para adquirir bienes celestiales y la Iglesia era la mediadora de este comercio.

En el siglo XV empezó á manifestarse en las ciudades una oposición enérgica contra esta beneficencia eclesiástica. En el año 1388 habíase ya confiado al consejo municipal, con exclusión de clérigos, la administración de una fundación benéfica á favor de los pobres de la misma ciudad. Empezó á hacer distinción entre los pobres, á auxiliar preferentemente á los más dignos y á los más necesitados; se promulgaron leyes para acabar con los mendigos de oficio,



vagabundos y descarados. Los concejales de Nuremberg encargados de este ramo tenían autorización para quitar a los mendigos los hijos mayores de ocho años y colocarlos en clase de criados. El consejo de Colonia publicó en 1446 un edicto mandando a todos los mendigos robustos presentarse en el término de tres días para ser colocados en algún trabajo. Muchos hospitales también fueron puestos bajo la administración secular ó sea municipal, que nombró médicos para los pobres, como sucedió en Francfort, Colonia, Nuremberg y Viena. Las ordenanzas municipales de todas estas ciudades señalan la primera etapa de la beneficencia bien organizada.

Si las limosnas, fundaciones y donaciones revelan la tendencia errónea de juzgar las buenas obras por la cantidad, mas clara se muestra esta tendencia en las otras manifestaciones de la fe religiosa. En primera línea encontramos este extravío en materia de oraciones, como ya hemos visto al hablar de los pobres y enfermos, que pagaban la caridad que recibían con oraciones; pero esto no era nada comparado con el acopio de indulgencias ganadas por medio de rezos, asistencias a misas y otras obras devotas que hacían las hermandades, las cuales alcanzaron su mayor desarrollo en el siglo xv y principio del siguiente. Además de las asociaciones de los oficiales de las diferentes artes industriales, cuyo principal objeto era auxiliar a los compañeros transeúntes durante uno ó mas días, a su paso por pueblos donde no encontraban colocación, formáronse innumerables hermandades puramente religiosas, en las cuales se era admitido sin distinción de oficio ni clase y cuyo objeto era salvar las almas de sus socios. Estas cofradías estaban organizadas a manera de gremios, y sus fomentadores y protectores eran los frailes mendicantes, hasta que el clero parroquial les hizo la competencia, formando a su vez hermandades de eclesiásticos que admitían como socios de categoría inferior a personas seglares. Indudablemente la mayoría de los habitantes laicos de las ciudades alemanas estaba afiliada a hermandades de esta clase, y hasta consta que habían organizado la suya los mendigos, lisiados y ciegos de la pequeña ciudad de Zulpich, que estaban obligados por sus estatutos, además de sus contribuciones fijas, a mendigar ocho días a favor de sus compañeros enfermos y a rezar por el alma de cada consocio difunto quince padrenuestrós y otras tantas avemarías. Los objetos principales de estas asociaciones eran la seguridad de un entierro decente y el mayor número posible de indulgencias para las almas de los asociados. Sobre este particular hánse conservado documentos curiosísimos. La orden de Santo Domingo, en cuya hermandad se hizo inscribir en 1501 la casa soberana del Palatinado, dió a esta casa un documento-resguardo, en el cual le garantizaba su participación en todos los «cultos, misas, oraciones, vigiliás, meditaciones, lágrimas, suspiros, penitencias, disciplinas, ayunos, abstinencias, romerías, estudios y otras buenas obras que hicieran los hermanos y hermanas de la asociación.»

Las personas acomodadas y muy cuidadosas del porvenir de su alma despues de esta vida, buscaban con ansia todas las ocasiones para asegurar hasta al exceso su salvación eterna, y se afiliaban a este fin en cuantas hermandades podían para participar de las buenas obras de todas. Por eso el doctor Degenhard Pfaffinger, consejero de Federico el Sabio, formaba parte de 35 hermandades. El fraile dominico Jacobo Sprenger, que despues fué inquisidor general y publicó un libro para descubrir brujas, titulado «El Martillo de las Brujas», fundó en el año 1475 en Colonia la primera de las cofradías «del Rosario», que adquirieron hasta fin de siglo un desarrollo extraordinario. Estas hermandades exigían de sus asociados que semanalmente rezasen tres rosarios, cada uno

con dos credos, cinco padrenuestrós y cincuenta avemarías.

La hermandad de la «barquilla de Santa Ursula y las 11,000 vírgenes», de Colonia, tenía como si dijéramos en almacén, según resulta de su contabilidad, llevada con toda exactitud comercial, 6,455 misas oídas, cantados 3,550 salmos, rezados 200,000 rosarios; cantados otros tantos *Te Deum laudamus* y rezadas 63,000 tandas de 10,000 padrenuestrós con otras tantas avemarías. El laico, para entrar en esta hermandad y participar de su tesoro espiritual, debía rezar 11,000 padrenuestrós é igual número de avemarías, ó 32 padrenuestrós y avemarías cada día durante un año. Al leer esto se recuerda involuntariamente la máquina de rezar de los budhistas (1).

La tendencia general era evidentemente materialista, la mente de aquella humanidad no alcanzaba mas allá y creía obtener por la cantidad lo que no sabía conseguir por la calidad. Así se explica el comercio que se hizo con las indulgencias, del cual hablaremos mas adelante detalladamente; mas por lo pronto citaremos aquí las notas de Nicolás Muffel, ciudadano principal de la ciudad de Nuremberg, como ejemplo de la manera material que tenían los alemanes laicos de comprender en el siglo xv las indulgencias y su efecto. Este honrado ciudadano hizo un viaje a Roma, y en su descripción de la Ciudad eterna tiene especial cuidado de indicar, siguiendo la corriente de su época, las innumerables facilidades que se ofrecían de alcanzar indulgencias. Respecto de esto, cita la expresión del papa Bonifacio VIII: «Si la gente supiese las grandes mercedes é indulgencias que puede encontrar en San Juan de Letran, pecaría mucho mas.» «Cuando enseñan allí las cabezas de los dos apóstoles, — dice Nicolás Muffel, — ó en San Pedro el paño de la santa Verónica, los visitantes si son vecinos de Roma ganan 7,000 años de indulgencia; si son gente del campo 10,000 años, y si son extranjeros 14,000 años.» La mujer que estando encinta asiste a una misa de sábado en San Juan de Letran, libra cada vez una ánima del purgatorio. Igual beneficio alcanza toda persona que confiesa junto a cierto altar de San Pedro, reza arrodillada cinco padrenuestrós y mete un dedo en cierto agujero de la piedra del altar. En una crónica de Königshofen, publicada en el año 1476 en Augsburg, hay un grabado que representa a Cristo con los instrumentos de su pasión, y la nota: «El que reza un padrenuestro ante esta figura gana 14,000 años de indulgencia, y además 298 años de indulgencia a razón de seis años concedidos por 43 papas cada uno separadamente, y 40 días concedidos por 40 obispos.» Todas estas ventajas quedaban oscurecidas con el rezo de una oración que un ángel había enseñado a la Virgen y que proporcionaba al devoto que la rezaba 50,000 años de indulgencia concedidos por Jesucristo mismo, a cuyo número un Papa había añadido tantos años de indulgencia como gotas de agua pueden llover en un día. El mismo ciudadano refiere que ganó cierto número de indulgencias con ocasión de la coronación del emperador Federico III (2), que de otra manera le habrían costado 1,400 florines. Este buen hombre se había propuesto reunir tantas reliquias de santos como días tiene el año, lo que le habría valido 800 días de indulgencia cada día; pero con gran pesar suyo no llegó a reunir mas que 308 huesos de santos, y dos meses despues de cerrar la enumeración de sus fundaciones pías y de sus riquezas en reliquias é indulgencias, fué acusado, convicto y ahorcado por defraudar.

(1) Las hay de mano y de grandes dimensiones, movidas por ruedas hidráulicas ó por el viento, y se componen de un cilindro con su eje, sobre el cual se arrolla una cinta que lleva estampada innumerables veces la oración: «La joya en el loto, amén» (*om mani padme hum*), que se va desarrollando a mano ó con otra fuerza mecánica. (N. del T.)

(2) Coronado por el Papa en Roma. (N. del T.)

contra sus consecuencias, contra toda arma, contra el rayo, contra toda malignidad y asechanza por mar y tierra, y hasta los ampara en el juicio final; de modo, dice el autor, que los hermanos que cumplan exacta y devotamente las prescripciones de la hermandad, no pueden ser condenados. La siguiente relación de un libro de devoción muy usado en aquella época, titulado *Hortulus animae* (el Jardincito del alma), da una excelente idea del extremo a que había llegado el culto de la Virgen: a un clérigo muy devoto de la Virgen, que estaba un día rezando como de costumbre el avemaría, se le apareció Cristo en persona y le dijo: «Mi madre oye con gran satisfacción esta tu oración y te ama mucho por lo mismo, pero no te olvides de dedicarme a mí también alguna;» a lo cual el clérigo le contestó: «Señor, no sé qué oración dedicarte.» El mismo Lutero dijo: «Todos sabemos, y yo ni mas ni menos que los demás, que nos han enseñado a dirigirnos a la Virgen en lugar de Cristo, en el cual solo hemos visto al juez lleno de ira; solo en María veíamos nuestra salvación, nuestro único consuelo y refugio, y fuera de ella solo la desesperación.» Tan grande era el culto que se rendía a la Virgen, a la reina del universo, que hacia fines del siglo xv llegó a adquirir también proporciones grandísimas el de su madre, Santa Ana, de la cual antes poco caso se había hecho. Uno y otro culto fueron consecuencia de la prolongadísima controversia entre las órdenes de San Francisco y Santo Domingo sobre la Concepción inmaculada de la Virgen, negada por los dominicos y afirmada por los franciscanos; y cuando el concilio de Basilea hubo adoptado la opinión de los franciscanos y el papa Sixto IV concedió indulgencias especiales a los que celebraban la inmaculada Concepción, los frailes sus defensores entusiasmaron a las masas, y tanto fué el entusiasmo, que la gloria de santa Ana llegó durante algún tiempo casi hasta a oscurecer la de su hija. Santa Ana ya sola, ya en unión con la Virgen y el niño Jesús, era objeto de la exaltación religiosa y de todas las devociones en Alemania; los poetas en primera línea rivalizaban en alabanzas entusiastas. Federico el Sabio y el cardenal Alberto de Brandeburgo no pararon hasta conseguir una reliquia de Santa Ana para sus colecciones, y fueron tan afortunados, que lograron cada uno un dedo pulgar de la santa. Lutero escribió en 1532: «Santa Ana era mi ídolo.» El papa Alejandro VI, para proteger la nueva devoción, concedió 10,000 años de indulgencia de pecados mortales y 20,000 años de pecados veniales. Apareció súbitamente toda una literatura que trataba de Santa Ana y de su culto; Santa Ana fué la patrona de los que buscaban riquezas, y por lo mismo la de la minería alemana, entonces muy floreciente y productiva.

Una humanidad tan completamente incapaz de comprender ideas puramente espirituales, como es la idea de la divinidad, tenía que contentarse forzosamente con los santos y sus reliquias y con lo que veía y tocaba. Cristo mismo era para ella, mas que Salvador, el poderoso juez del mundo, cuya ira era forzoso aplacar por intercesión de su madre y de otros protectores habitantes del cielo. Un cántico dedicado a la Virgen le dirige esta plegaria: «Guárdanos de la ira de tu Hijo, a fin de que no perdamos el beneficio de su pasión;» y el célebre escolástico Gabriel Biel en uno de sus sermones hace a Jesús decir a su madre: «Yo seré la verdad, tú la misericordia.» Un libro alemán de devoción de aquella época pone en boca de la Virgen las palabras de Jesús: «Venid a mí los que estais agobiados y oprimidos.» Sabido es, no obstante, que en las muchas lecciones que se escribieron para bien morir como cristiano, se recomienda expresamente confiar en los últimos momentos solo en la pasión y muerte de Jesucristo, pero despues debe el moribundo dirigirse a la Virgen pidiendo su intercesión para alcanzar de su hijo, que nada le niega, el perdón del moribundo. El «Libro de la hermandad del Rosario» dice que la Virgen aparta de pecado mortal a los miembros de esta asociación y les protege

contra sus consecuencias, contra toda arma, contra el rayo, contra toda malignidad y asechanza por mar y tierra, y hasta los ampara en el juicio final; de modo, dice el autor, que los hermanos que cumplan exacta y devotamente las prescripciones de la hermandad, no pueden ser condenados. La siguiente relación de un libro de devoción muy usado en aquella época, titulado *Hortulus animae* (el Jardincito del alma), da una excelente idea del extremo a que había llegado el culto de la Virgen: a un clérigo muy devoto de la Virgen, que estaba un día rezando como de costumbre el avemaría, se le apareció Cristo en persona y le dijo: «Mi madre oye con gran satisfacción esta tu oración y te ama mucho por lo mismo, pero no te olvides de dedicarme a mí también alguna;» a lo cual el clérigo le contestó: «Señor, no sé qué oración dedicarte.»

El mismo Lutero dijo: «Todos sabemos, y yo ni mas ni menos que los demás, que nos han enseñado a dirigirnos a la Virgen en lugar de Cristo, en el cual solo hemos visto al juez lleno de ira; solo en María veíamos nuestra salvación, nuestro único consuelo y refugio, y fuera de ella solo la desesperación.»

Tan grande era el culto que se rendía a la Virgen, a la reina del universo, que hacia fines del siglo xv llegó a adquirir también proporciones grandísimas el de su madre, Santa Ana, de la cual antes poco caso se había hecho. Uno y otro culto fueron consecuencia de la prolongadísima controversia entre las órdenes de San Francisco y Santo Domingo sobre la Concepción inmaculada de la Virgen, negada por los dominicos y afirmada por los franciscanos; y cuando el concilio de Basilea hubo adoptado la opinión de los franciscanos y el papa Sixto IV concedió indulgencias especiales a los que celebraban la inmaculada Concepción, los frailes sus defensores entusiasmaron a las masas, y tanto fué el entusiasmo, que la gloria de santa Ana llegó durante algún tiempo casi hasta a oscurecer la de su hija. Santa Ana ya sola, ya en unión con la Virgen y el niño Jesús, era objeto de la exaltación religiosa y de todas las devociones en Alemania; los poetas en primera línea rivalizaban en alabanzas entusiastas. Federico el Sabio y el cardenal Alberto de Brandeburgo no pararon hasta conseguir una reliquia de Santa Ana para sus colecciones, y fueron tan afortunados, que lograron cada uno un dedo pulgar de la santa. Lutero escribió en 1532: «Santa Ana era mi ídolo.» El papa Alejandro VI, para proteger la nueva devoción, concedió 10,000 años de indulgencia de pecados mortales y 20,000 años de pecados veniales. Apareció súbitamente toda una literatura que trataba de Santa Ana y de su culto; Santa Ana fué la patrona de los que buscaban riquezas, y por lo mismo la de la minería alemana, entonces muy floreciente y productiva.

La intercesión de los santos no bastaba a las inteligencias rudas de aquellos tiempos; cada santo ó santa tenía una virtud especial y de resultados visibles y palpables. Algunos prelados, como Nicolás de Cues (Cusano), y algunos autores de libros de devoción, relativamente ilustrados, procuraron inculcar a los fieles que debía invocarse a los santos solo para pedir su intercesión, y que debían venerarse sus imágenes solo en este concepto, no como poseedores de virtudes misteriosas; pero en cambio otros muchos teólogos fomentaron abiertamente entre las masas ignorantes la confusión mas grosera de unas y otras cualidades, y en las mismas oraciones y gozos de la Iglesia se decía que Dios había concedido a sus santos «privilegios especiales.» Por este sendero fué la religión encaminándose a un paganismo nuevo, que no por ser moderno dejaba de ser grosero y repugnante y de justificar las críticas mas rudas de los reformadores. Dejando aparte las sátiras y sarcasmos de los humanistas, citaremos